

Cómo nació el Partenón

Cuando se sube a la Acrópolis entre enjambres de turistas que cierran el paso deteniéndose para recomponer sus grupos o para satisfacer su obsesión fotográfica, o simplemente para descansar, uno teme siempre sufrir una desilusión. El Partenón es un tópico, y ante los grandes tópicos siempre cabe pensar que la repetición hace que ya no se piense en ellos, que se los acepte mecánicamente. ¿Qué pasará si miramos el templo sin prejuicios y descubrimos en él la fría belleza de esas maquetas o dibujos con que se reconstruye el arte clásico perdido? Por otra parte, el ambiente no predispone a ningún sentimiento de fervor: puestos de refrescos y de venta de recuerdos, el aspecto uniforme y multiforme a la vez de los turistas de todas las latitudes, los guías chillones y molestos.

Pero cuando se está arriba del todo y se atraviesan los propileos, grandiosos, pero un tanto convencionales, a la vista del templo, todo ese ambiente queda atrás o no se ve. Aun los que van dispuestos a no dejarse suggestionar se rinden a la evidencia. El Partenón no es un templo como todos los demás, tiene una personalidad propia, una belleza humanizada y joven, es piedra dorada y tibia. Hay monumentos que ganan en las fotografías: el Partenón pierde irremediabilmente.

Generaciones de viajeros se han sentido confusos y admirados ante estas viejas piedras. Generaciones de arqueólogos e historiadores del arte las han estudiado y medido hasta el último detalle para tratar de arrancarles su secreto. Otros se dedican a añorar lo que sería hoy el Partenón sin la catástrofe de su bombardeo por los venecianos en 1687 y, sobre todo, sin el despojo de lord Elgin, que hizo que la mayor parte de sus esculturas y relieves fueran a parar al British Museum.

Todos ellos coinciden en una cosa: el Partenón es para ellos simplemente una obra de arte. Una obra de arte maravillosa, ciertamente, pero atemporal por así decirlo: la plasmación de una cierta manera de ver y de sentir que tiene validez eterna. Así es, en efecto, puesto que toda obra excelsa rebasa a su tiempo y tiene por ello juventud eterna. Del Partenón decía ya esto Plutarco aproximadamente: según nacía era ya antiguo y llega como nuevo y recién hecho hasta el presente.

Pero hoy tenemos otro modo de mirar las cosas y no podemos quedarnos con los valores estéticos simplemente. El Partenón no se construyó como pieza de museo para ser admirado por turistas o estetas: era un templo al servicio de cultos muy concretos. Nació en unas circunstancias históricas determinadas y su erección fue un acto político que provocó un grave debate. Aun si lo miramos como simple obra de arte, también desde este punto de vista representa una tendencia de las varias que en la época estaban en abierto conflicto.

No son estos detalles sin importancia, de los que se pueda prescindir para

comprender la obra. Solamente si se la juzga a su luz cobra su verdadero significado. Porque parece como si los logros superiores de una edad hubieran nacido fácilmente y sin dolor, como Atenea de la cabeza de Zeus, cuando, en verdad, sólo difícilmente se impusieron, tantas veces, sobre el escepticismo o la oposición violenta. Este es el caso del Partenón, un templo cuyo arquitecto, Fidias, murió en la cárcel acusado de impiedad y cuyo inspirador, Pericles, tuvo que defender su idea contra toda la oposición conservadora de Atenas. Tal vez sabiendo todo esto pierda algo nuestra idea del Partenón como prototipo de una belleza ideal, alejada del hombre; pero quedará, en definitiva, más cerca de nosotros.

No se pueden comprender las circunstancias de la construcción del Partenón si no se dan algunos antecedentes. A partir del año 462 el partido demócrata impone su política en Atenas y en él tiene cada vez más peso la figura de Pericles. Tiene, sin embargo, que hacer frente en la asamblea al partido más conservador, reunido en torno a Tucídides, el hijo de Melesias, que hereda la política de Cimón. Entiéndase: no se trata de partidos organizados de una manera estricta, sino de corrientes de opinión que se polarizan en torno a dos hombres públicos; la una procede principalmente de las clases populares y mercantiles, aunque cuenta con nobles en sus filas, como el propio Pericles; la otra, de los nobles y sus clientelas. La calificación de partido democrático o aristocrático merece igualmente ciertas correcciones: la democracia era admitida por todos, aunque Pericles preconizaba una radicalización de la misma; en la cuestión religiosa, toda la masa de la población de Atenas militaba en el bando tradicional, excepto algunos "ilustrados" que se encontraban en uno y otro partido, sobre todo en el demócrata.

Pero es la política exterior de Atenas la que en primer término nos interesa en relación con nuestro tema. Los demócratas, y entre ellos Pericles, habían tomado del régimen anterior de Cimón, una herencia: la lucha contra los persas. En efecto, poco después de terminada la Liga Marítima, alianza encabezada por Atenas y destinada a la reconquista de los territorios griegos de las islas y Asia que todavía continuaban en poder de los persas. Los lacedemonios se habían retirado voluntariamente de la jefatura de la empresa griega de la reconquista; y por voluntad de éstos fue Atenas la que asumió esa jefatura, que, por el imperativo de las circunstancias, fue asemejándose cada vez más a un imperio sobre ciudades vasallas. Efectivamente, muchas ciudades preferían contribuir a la empresa común con dinero en vez de hacerlo con hombres y barcos; esto, al tiempo que aumentaba el poderío de Atenas, debilitaba el suyo propio. Por otra parte, los intentos de algunas por hacer defección de la Liga eran reprimidos; el tesoro de la Liga, que estaba primeramente en Delos, se trasladó a Atenas, al Partenón precisamente, por razones de seguridad; progresivamente, comenzaron a verse ante los tribunales atenienses las causas privadas de los isleños, comenzaron éstos a ver en Atenas su verdadero centro, a admitir en sus dialectos una huella cada vez mayor del lenguaje ático.

Pero si la Liga Marítima y la lucha contra el persa eran la plataforma del prestigio y el poder de Atenas, no es menos cierto que desgastaban gravemente su economía e impedían realizar las transformaciones necesarias que imponía el programa de Pericles. Este fue, por lo tanto, lógico, cuando estableció con los persas la paz de Calias el año 449.

Pero sobre esto volveremos, porque hemos de señalar al mismo tiempo que si la guerra contra el persa era una herencia de la época de las guerras médicas

y de los años del régimen de Cimón, el partido demócrata había echado sobre sus hombros otra carga todavía mayor: la guerra terrestre contra Esparta, una guerra imperialista que llegó, en un momento, a poner bajo el poder de Atenas a toda Beocia, pero que acarreó después graves desastres.

Efectivamente, la política de Cimón había sido la de mantener buenas relaciones con Esparta para poder luchar más libremente contra los persas. Precisamente el pretexto a que se acogió Efiálfes, el caudillo demócrata, el año 461 para conseguir el ostracismo de Cimón, fue la desairada situación en que habían dejado a éste los espartanos, a quienes a la sazón ayudaba contra los mesenios sublevados. No podemos saber el papel de Pericles en las decisiones que se tomaron para enfrentarse por tierra con Esparta: sabemos que intervino en algunas expediciones, pero sabemos también que desaprobó la de Tólmides, que terminó el año 447 con la gran derrota de Coronea. Muy probablemente Pericles carecía de la influencia suficiente para dictar la política del partido demócrata en los años cincuenta; solamente fue el jefe indiscutido a partir precisamente de este año 447, en que Tólmides es derrotado en Beocia y en que comienzan las obras del Partenón. Todo lo que conocemos del resto de su carrera nos hacen pensarlo alejado de toda tentación imperialista y de todo gesto gratuitamente heroico: su política, en realidad, consistió en cerrar el período de guerras, haciendo la paz en los dos frentes, limitándose a conservar el imperio ateniense dominando las periódicas sublevaciones y teniendo como objetivo en la guerra del Peloponeso, en que muy contra su voluntad hubo de entrar, el mantener el *status quo*, defender una vez más el imperio ateniense.

La guerra era, efectivamente, incompatible, como decíamos antes, con el programa político de Pericles. Guerra en el exterior y progreso económico en el interior, eran inconciliables. La guerra era, además, innecesaria e inútil: Atenas vivía fundamentalmente de su comercio exterior, que sufría con ella. En el comercio y las finanzas estaba la superioridad de Atenas, no en las conquistas territoriales.

Por otra parte, la política del partido demócrata consistía en una igualación progresiva de todos los ciudadanos: igualación en lo político, que era acompañada de una igualación económica o, al menos, de una ayuda a las clases menos favorecidas. Hay que pensar que en las ciudades antiguas el sistema democrático exigía un estado fuerte y bien dotado financieramente, al contrario de lo que ocurría con el sistema aristocrático en que los nobles gastaban en el Estado su dinero y obtenían de ello, a cambio, honor. En la democracia, si se quería una participación activa de la población más débil económicamente, ello suponía que había que pagarla. Así, las reformas democráticas fueron no solamente permitir el acceso a los cargos públicos y a los tribunales de cada vez más atenienses, sino también hacer posible que dedicaran su tiempo a la política o a la cosa pública en general haciendo esta actividad remunerada. La mayor parte de las magistraturas son ahora pagadas, como reciben un sueldo los miembros de los tribunales populares — seis mil atenienses participaban en ellos cada año —, los miembros de los coros que actuaban en las festividades, etc. Por otra parte, el pueblo recibe también dinero por otros conductos: por participar en las obras públicas o en la construcción de trirremes, mediante obras de asistencia social como las que favorecían a los inválidos o a las familias de los muertos en la guerra.

Para toda esta política, la terminación de la guerra era algo necesario. Pero

era también necesario que se mantuviera intacto el imperio ateniense. Pues en las ciudades antiguas no existían los impuestos directos a los ciudadanos — salvo excepcionalmente en caso de guerra — y todo el dinero del Estado procedía de la capitación de los metecos o extranjeros, de impuestos indirectos tales como los de aduanas y, sobre todo, de la contribución de los isleños. Así, el desarrollo del progreso económico y de la igualdad política en el interior estaban estrechamente unidos, pero uno y otro estaban unidos no menos estrechamente con la existencia del imperio.

En definitiva, Pericles decidió hacer la paz en los dos frentes. Ello requería una no pequeña dosis de valor, al rectificar una política que podríamos llamar nacional — la guerra contra el persa — y, al tiempo, la política de su propio partido: la guerra en Grecia continental. Pese a ello, actuó con decisión. El 451 concertó una tregua de cinco años con Esparta y continuó la guerra contra Persia con la valiosa ayuda de Cimón, que había vuelto entretanto del destierro; pero, muerto éste, concertó a su vez la paz con Persia, la llamada paz de Calias, del año 449. Y, finalmente, al concluir el armisticio con Esparta, estableció el año 446 la paz de 30 años con Esparta. Comienzan entonces los grandes años del régimen de Pericles, los años de paz en que permaneció como jefe indiscutido de todos los atenienses desde su cargo de estratego, para el que era reelegido anualmente por votación popular.

Y con esto llegamos de nuevo al Partenón. El comienzo de las obras es del año 447, el precedente al tratado con Esparta, por el que Atenas renunciaba a casi todas sus conquistas en Grecia. El tratado, evidentemente, estaba previsto en el ánimo de Pericles; el año 446 terminaba la tregua. La erección del Partenón está en conexión estrecha con la política de paz. Atenas, si no vencedora, ha sido reconocida como máxima potencia, su igual, por Persia y por Esparta. Va a conservar un gran imperio. Y va a sustituir el brillo de nuevas conquistas o reconquistas con el esplendor de sus monumentos. Pero además, va a encontrarse con el grave problema de dar medios de vida a los desmovilizados. Afortunadamente, acabada la guerra, los medios de que dispone el estado ateniense van a ser más abundantes. De aquí el comienzo de las obras del Partenón: un año antes de la paz, Pericles prevé tanto sus problemas como sus facilidades. La construcción del Partenón tiende a resolver los primeros — compensar en cierto modo la desilusión, dar trabajo a los desmovilizados — y a aprovechar las segundas.

Pues, efectivamente, el ejército era también un medio de vida para los ciudadanos atenienses. Al dejar de pagarles la soldada, el estado libera fondos para otras atenciones; y estos fondos van a parar a los mismos ciudadanos, pero para la obra de la paz, no la de la guerra. El programa de obras públicas en que se embarca Pericles al mismo tiempo en que hace la paz con el enemigo externo, salva el bache de una economía de guerra a una economía de paz. Y, además, justifica psicológicamente esta paz que para muchos era una desilusión y, sin duda, una renuncia. Pues el Partenón va a ser ahora el centro mismo del imperio ateniense, el símbolo de una nueva edad. Y, al tiempo va a ser un signo de poder. No olvidemos que es el templo de una diosa guerrera, armada de casco y lanza, ni, sobre todo, que su opistodomo fue, a partir del 435, antes incluso de terminarse totalmente las obras del templo, la cámara del tesoro de Atenas. El mismo oro de la estatua de la diosa era desmontable y se podía utilizar — y fue utilizado — en caso de grave peligro nacional. Desde el año 434 se registran

anualmente, con todo detalle, las cuentas de este erario nacional de Atenas, que conservamos. Por tanto, en el Partenón creó Pericles un monumento al poderío de Atenas al tiempo que dio con sus obras impulso a su programa: ayuda del estado al pueblo ateniense. Y, simultáneamente, sentó el ideal de una nueva belleza y una nueva humanidad.

Con ello, el Partenón corresponde a la imagen misma que el propio Pericles proyecta de Atenas en el discurso que Tucídides le atribuye: ayuda al débil y libertad interna, compatible con el dominio de la ley; amor a la belleza, compatible con el valor; posición humana para con los pueblos extranjeros, sin dejar de reclamar una superioridad sobre los isleños.

El Partenón se construyó hacia el sur de la Acrópolis, en un lugar en que primero Clístenes y luego sin duda Aristides habían puesto los primeros fundamentos para la construcción de un templo. Era inmediatamente al lado del antiguo templo de Atenea Polías, procedente de la época de Solón y provisto de una nueva columnata alrededor y de nuevos frontones por los tiranos. Este templo fue destruido por los persas y restaurado luego sólo parcialmente. Pericles prefirió construir un templo completamente nuevo, de mayores proporciones y en un estilo más moderno. En realidad, ya Clístenes y Aristides habían tenido la idea de hacer una obra más nueva y moderna, respetando, sin embargo, el templo de los tiranos. La tarea hubo de esperar hasta Pericles. Era el anuncio de una nueva edad. El templo reformado por los tiranos contenía aún demasiados restos del arcaísmo griego. Era un mundo lejano a la nueva edad racional que se anunciaba; un mundo que desentonaba ya, desde la época del propio Solón, con los nuevos ideales de razón y de justicia.

Realmente, nunca hasta ahora, después de las guerras médicas, Atenas había vivido en una paz que le permitiera dedicarse a reconstruir sus templos. Piénsese que la Acrópolis había quedado completamente destruida cuando la invasión persa. El templo de Aristides y Cimón, por otra parte, esto es, el situado en el lugar que luego ocupó el Partenón, apenas estaba comenzado cuando fue destruido. Y luego había otros templos innumerables, el principal el de Atenea Polías remozado por los tiranos, pero otros varios además, cuyos fragmentos vemos en el Museo de la Acrópolis sin que sea fácil decidir a cuál pertenecen. Un mundo confuso y policromo de pequeños templos y recintos sagrados de la época arcaica había ocupado en otros tiempos la Acrópolis. Piénsese que, cuando se construyó el Erecteo, hubo de dar cabida en él o en sus inmediaciones no sólo al culto de Atenea Polías, sino también al del propio Héroe Erecteo, al del antiguo rey-serpiente Cécrope, al de las hijas del Pandroso. Había recuerdos del olivo que hizo nacer Atenea, del golpe de tridente con que Posidón hizo brotar el agua (o según otros, mató a Erecteo), etc. En otros lugares se guardaban recuerdos de cultos aún más antiguos. Las erreforos, las muchachas que tejían el plepo de la diosa Atenea, pertenecían en origen, por ejemplo, a un culto de Afrodita.

Este mundo arcaico y confuso de los pequeños templos o capillas, de los recintos sagrados, en que se veneraban ídolos de madera toscos y policromos, en que se rendía culto a seres teriomorfos o en cuyos frontones aparecían estos antiguos monstruos, va a ser ahora sustituido por la racionalidad del Partenón. Abandona éste la plataforma principal de la Acrópolis, quedando sin reconstruir el templo de Atenea Polías, cuya imagen será acogida luego por el Erecteo no sin asociarse a los cultos de que hablábamos antes. Ahora Atenea aparecerá

sola en su templo. Éste será mayor que ninguno de los anteriores y tendrá una riquísima decoración: los dos frontones, la serie de tríglifos y métopas que rodean el exterior dorio; y el friso seguido, a la manera jónica, que rodea la *cella*. Los antiguos mitos del nacimiento de Atenea, de la disputa de la diosa y Posidón, serán recogidos en los frontones; las luchas de lapitas y centauros, en el friso dórico; y la gran procesión de las Panateneas, el cortejo de todos los ciudadanos de Atenas, engalanados, camino de la Acrópolis, en el friso jónico. Pero, trátase de escenas míticas o de realidad contemporánea, de hombres o dioses o seres fabulosos del mito todos entrarán dentro de una común humanidad y una común racionalidad.

Es bien sabido que las obras fueron dirigidas por Fidias, supervisor de todas las obras de la Acrópolis. Es el amigo de Pericles, miembro de su círculo íntimo, del grupo de ilustrados que con él tratan de dar una nueva orientación al espíritu ateniense. Fidias es para nosotros algo más que un puro hombre. Se ha descubierto el taller donde trabajaba en Olimpia cuando esculpía allí la gran estatua de Zeus y hasta tenemos una copa con la inscripción "soy de Fidias": en el museo de Olimpia puede contemplarse. Y sabemos de su persecución por los enemigos de Pericles, de su condena a la prisión por el supuesto delito de sacrilegio por haberse representado a sí mismo en la estatua de la Atenea Pártenos. Es el hombre que traduce la antigua concepción de la divinidad, rígida y lejana, a un plano más próximo y humano. Con él trabajaron dos arquitectos, Ictino y Calícrates.

Esta gran obra necesitó evidentemente un gran número de trabajadores así como mucho tiempo: no quedó terminada del todo hasta el año 432. Contribuyó, como decíamos, a resolver un problema social que se creó al acabar el período de guerras. Hay que ponerla al lado de tantas otras instituciones con las que el Estado ayudaba a los ciudadanos pobres a aumentar su nivel de vida y a ponerse en condiciones de participar en la vida pública. El estado ateniense tenía un sentido social muy avanzado: cuida del abastecimiento de aceite y trigo, construye baños y palestras, cuida de los inválidos y de los huérfanos, de los soldados muertos, etc. La igualación política y económica avanzaba rápidamente bajo Pericles.

Pero las obras del Partenón fueron el motivo de una última confrontación de Pericles y de sus enemigos políticos, antes del definitivo triunfo de aquél. Se acusó a Pericles — y era cierto — de acudir para las obras al dinero de los aliados, destinado a la lucha contra el persa. Pericles hubo de defenderse diciendo que el dinero lo recibía Atenas y era libre de destinarlo a lo que quisiera con tal de atender a la defensa de los aliados. Estas razones fueron aceptadas. Poco después, el año 443, Tucídides el de Melesia, rival de Pericles, era desterrado por diez años en una votación de ostracismo. Cesó con ello la oposición organizada. A partir de este momento, se crea una verdadera unidad — no por mucho tiempo, por desgracia — en la ciudad de Atenas. Bajo el mando de Pericles hay libertad y autoridad al tiempo; el pueblo gana en privilegios y la nobleza gana honor sirviendo a este nuevo estado en los puestos más destacados; la religión tradicional es respetada y se edifica el Partenón en un nuevo estilo que es símbolo de la nueva religiosidad.

Pero el problema de fondo era complejo y en él conviene que detengamos nuestra atención un momento. Para que Atenas edificase su democracia no bastaba con los ingresos del comercio y la industria; era preciso además el tributo

de los aliados, según hemos dicho. Y este tributo no se conseguía más que manteniéndoles en la alianza sin gran justificación ya, y, desde luego, por la fuerza en caso necesario. Pericles se jacta — en el famoso discurso que le atribuye el historiador Tucídides — de que Atenas presenta un modelo de vida más humana, digno de la imitación de todos los hombres. No es del todo exacto en el discurso, sin embargo, su “amamos la belleza con poco gasto”. El Partenón costó bien caro; y el dinero procedía en gran parte de un tributo pagado por los isleños con disgusto. La democracia y la belleza en el interior se financiaban gracias al imperialismo practicado en la política externa. Así ha sido otras muchas veces en el curso de la historia. Es ésta una tensión que no hará más que agravarse y que a la larga provocará la ruina tanto del imperio como de la democracia. En la belleza del Partenón se encierra este grave problema.

Desde un cierto punto de vista, podríamos decir que Tucídides el de Melesias y los isleños tenían razón. La consecuencia lógica de la paz debería haber sido rebajar los tributos de la Liga y disminuir la presión de Atenas sobre ella, justificable sólo durante la guerra, descentralizándola. Pero hacer la paz y hacer descender el gasto público al mismo tiempo era imposible. Rebajar los ingresos de Atenas era incompatible con el funcionamiento de la democracia. Era volver al estado aristocrático: un aparato estatal elemental, predominio de las grandes familias, poder adquisitivo mínimo del pueblo. Era, a la larga, convertir a Atenas en una ciudad más, dando la independencia al imperio. Psicológica y económicamente esto era imposible. Tampoco estaban preparados los tiempos para una concesión de la ciudadanía ateniense como lo practicó luego Roma; esto es, para una superación del concepto de la ciudad-estado y la reconstrucción de un estado nacional. Es lógico que las masas atenienses apoyaran a Pericles en esta ocasión, por más que la contradicción entre la democracia interna y el imperialismo externo fuera bien visible. Lo curioso es que el Partenón es el símbolo de lo uno y de lo otro.

Así surgió el Partenón bajo la égida de Pericles. Es una obra de religión nacionalista, en cuanto a que tiende a proclamar la gloria de Atenas. Es una empresa que buscó solucionar un problema social y que sólo pudo llevarse a efecto agravando las dificultades entre Atenas y sus aliados y a costa de abusar de éstos. Fue por este motivo causa de polémica en la política interior de Atenas. Su belleza estuvo al servicio de un ideal noble, pero sólo se logró gracias al imperialismo ateniense.

No es, pues, el resultado de una decisión abstracta en circunstancias indiferentes. Y, con todo esto, simbolizó una nueva belleza y, en realidad, una nueva idea del mundo, en definitiva.

No hay más que comparar las decoraciones de los templos arcaicos, conservadas parcialmente en el Museo de la Acrópolis, a base de serpientes monstruosas, luchas de toros y leones, etc., con la decoración del Partenón, para notar que nos hallamos en un mundo distinto. Incluso la gigantomaquia del frontón del templo de los Pisisstrátidas es pobre y rígida a su lado. Y si queremos matizar nuestro juicio haciendo alusión a la rigidez ritual de la estatua de la diosa Atenea, obra de Fidias, hemos de recordar que sustituía a los viejos *xoana* o estatuas culturales de madera, toscas y primitivas: era un avance prodigioso, de todos modos. Hemos de preguntarnos si este arte del Partenón, en que los dioses parecen hombres, más dignos y hermosos, pero hombres; este arte en que hasta los caballos de los frontones parecen tener una dignidad humana, no resultaría

demasiado "moderno", poco inspirador de la piedad a los tradicionalistas de Atenas. Poco íntimo, sin misterio; volcado a deslumbrar de admiración a Grecia y a humanizar y racionalizar el mundo luminoso de los poderes celestes. Pensemos, por poner un ejemplo, en el pobre poder de sugestión religiosa que ejercen en nosotros muchas iglesias renacentistas y modernas, así como su escultura, al lado de las románicas. Pues no hay que olvidar que nosotros buscamos en los templos griegos sólo belleza y que los griegos buscaban en ellos religión.

El Partenón nace en una sociedad, la sociedad que Pericles edificaba, que intenta crear una vida más humana y racional, aunque ello sea con medios de ocasión, peligrosos para la pureza de ese ideal. Representa en su arquitectura y en su escultura estas mismas corrientes. Hoy las hemos asimilado hasta tal punto, que no nos damos cuenta de ello.

Pericles constituye la culminación y la síntesis de una corriente de pensamiento y de una situación de hecho en la política ateniense: ambas cosas confluyen para dar un resultado único. La corriente de pensamiento a que nos referimos es la que insiste en el concepto de *dike* o justicia, que en última instancia lleva a una relativa igualdad de todos los hombres, y que se fundamenta primero en forma religiosa y luego, cada vez más, sobre una base puramente humana. Desde Hesíodo, Arquíloco y Solón, esta corriente llega a Esquilo, donde tiene claras implicaciones políticas. Pero luego, no sin influencia de los filósofos jónicos, adquiere una formulación cada vez más autónoma de todo pensamiento religioso. Con ella, decíamos, confluye una situación de hecho: la inversión de las alianzas que tiene lugar cuando, con Clístenes, quedó definitivamente fundada la democracia ateniense, al caer los tiranos. Eran estos tiranos quienes, al buscar el apoyo del pueblo contra la aristocracia, habían favorecido a aquél económica y moralmente. Pero una vez hecha esta labor, los tiranos resultaban innecesarios para el pueblo. Éste prefirió aliarse a los nobles y derrocar con ellos a los tiranos. Así surgió la democracia ateniense, como un equilibrio de aristocracia y pueblo, con derechos cada vez más amplios para éste, entre los que se contaba la capacidad de elegir para ciertos cargos públicos, la de aceptar rendimientos de cuentas de los magistrados salientes, la de juzgar. Al tiempo, en la práctica, la aristocracia desempeñaba casi siempre los cargos públicos y de ella procede el mismo Pericles.

Esta situación de hecho de que hablamos evolucionaba en la práctica lentamente en el sentido de una igualación cada vez mayor, que no dejaba de provocar reacciones: reacciones que terminaron en una verdadera guerra civil, al final de la guerra del Peloponeso. Pero de momento la evolución transcurría dentro de una cierta concordia, apoyada por el pensamiento de la Ilustración, al que hemos aludido y que, recíprocamente, recibía aliento de los hechos de la praxis. Es aquí donde hemos de situar a Pericles.

Hay que recordar que Pericles vive rodeado del pequeño círculo de los ilustrados de Atenas. El sofista Protágoras, el filósofo Anaxágoras, el astrónomo Metón, el urbanista Hipódamos son sus amigos. Anaxágoras niega el carácter divino del sol, explica como hechos naturales los prodigios. Protágoras dice que nada se puede decidir sobre la existencia o no existencia de los dioses. Hace una constitución estadística para Turios y sustituye, como los demás, el valor de la tradición por el simple acuerdo humano. Metón e Hipódamo tratan igualmente de racionalizar la vida construyéndola de nuevo desde el principio. Entra también en el círculo la milesia Aspasia, la segunda mujer de Pericles, tipo de mujer

evolucionada, moderna e intelectual, violentamente criticada por los tradicionalistas. Entra finalmente Fidias, el arquitecto y escultor de Pericles.

Es cierto que éste no atacó a la religión tradicional y la sirvió incluso construyendo el Partenón y el Odeón e instituyendo concursos musicales con que enriqueció las Panateneas. Però de corazón estaba con el grupo de los ilustrados. No hemos de calificar a éstos de ateos ni siquiera de agnósticos, salvo en el caso de Protágoras. En otros, se limitaban a purificar la religión de sus adherencias arcaicas; sus mitos inmorales, sus recuerdos de eras de superstición, sus ritos sangrientos. Concebían un dios de tipo racional, como el *nus* de Anaxágoras. En Eurípides, en ciertos escritos hipocráticos, hay huellas de esta búsqueda por parte de los ilustrados de una religión superior y moralizada, con la contrapartida de que quedaba más lejos del corazón de los hombres, unidos a antiguos ritos y tradiciones.

Hay que recordar que la masa del pueblo ateniense permanecía completamente adicta a las viejas creencias. Cuando en Atenas se quiso reunir una mayoría de votos contra alguien, siempre se logró acudiendo al motivo o pretexto religioso: así contra los amigos de Pericles, contra Alcibíades, contra Sócrates. Es claro que los enemigos de Pericles vieron que, siendo éste inatacable, sólo podía ser herido en sus amigos. De ahí los procesos del año 432 — el año en que se acabó el Partenón — contra los amigos de Pericles. Las acusaciones eran varias, resumiéndose en la de impiedad. Anaxágoras (y, según se dice, Protágoras) hubo de huir, Fidias murió en la cárcel, Aspasia se libró difícilmente.

Así, pues, en el fondo la masa ateniense, que admiraba a Pericles, sospechaba de él en el terreno religioso: aunque él tratara de buscar una conciliación, como la buscaba en el terreno político, representaba un avance que no satisfacía a los más, que se hallaban más adheridos a las concepciones tradicionales de lo que ellos mismos suponían.

Por esto hemos de suponer que el Partenón hubo de resultar demasiado "moderno", humanizado, frío y sin misterio a muchos de sus contemporáneos: Plutarco, siete siglos después, lo juzga ya como el viajero moderno. Y es que el Partenón y Pericles son solidarios, representan las mismas ideas y la misma problemática.

Tal vez se vea mejor esto si comparamos los dioses de Fidias, bellos y humanizados, con los dioses que un contemporáneo suyo, perteneciente a una línea más tradicional de pensamiento, hace aparecer en sus tragedias. Me refiero a Sófocles: a Sófocles, que fue tesorero de la Liga Marítima el año 443, que fue general, junto con Pericles, cuando la represión de la sublevación de Samos el año siguiente. Tras el cese de la oposición organizada, los tradicionalistas atenienses como Sófocles colaboran con Pericles. Hay que dejar bien claro que aceptan el sistema democrático, que si miran todavía con cierta sospecha es porque ven el peligro de un estatismo excesivo, de que un hombre como Pericles pueda convertirse en tirano: esto se trasluce bien claro en la *Antígona*. Dado que Pericles y su círculo, después de todo, no atacan la religión, sino ciertas concepciones de ella, y aun esto con concesiones externas, tampoco hay choque frontal en este terreno. Y, sin embargo, ¡cuán lejos quedan los dioses del Partenón, de los dioses misteriosos y lejanos, incomprensibles, de Sófocles! Son más tranquilizadores sin duda, no podemos atribuirles esa crueldad inaccesible, que simboliza la del destino humano, y que sólo por un acto de fe puede hacerse coincidir con la justicia: sólo pensando en las limitaciones de la

capacidad de comprensión del hombre. Es una visión irracionalista del mundo la que subyace a la tragedia, a todo el pensamiento tradicional: y va unida a una fe profunda. El programa racional de Pericles, que es el mismo de los sofistas, el de la democracia construida a escala humana que propugna, va a mejorar o a intentar mejorar la condición material y moral del hombre ateniense, pero tiene un reflejo en unos dioses en los que, pese a todo, ese mismo hombre ateniense ve demasiado de sí mismo para sustituirlos a los antiguos.

Junto al hombre trágico, Pericles intenta construir un nuevo hombre que acabará por romper amarras de lo religioso, por adquirir una completa autonomía. Esto lo intuían los rivales de Pericles y de ahí los procesos contra Fidias y los demás miembros del grupo. Es, por otra parte, una paradoja que este nuevo hombre hallara una expresión plástica en un monumento religioso y, concretamente, en un monumento religioso que se construía en honor de una diosa guerrera nacida de la cabeza de Zeus, cuya supremacía consistía en haber hecho nacer el olivo y cuyo culto se celebraba en un edificio cuyo friso se refería a batallas míticas tradicionales y que, de otra parte, era la caja del tesoro de un imperio y simbolizaba su grandeza y poder.

Pero el espíritu era nuevo. Hay que contemplar los mínimos restos de la estatuaria de los frontones conservados *in situ* o figuras del British Museum, como la del hombre recostado y desnudo o el grupo de figuras femeninas vestidas, procedentes del frontón oriental, para darse cuenta de esto. Es una humanidad superior, bella y verdadera al mismo tiempo, la que aquí se aparece. Es un ideal, una esperanza en un nuevo tipo humano o en una divinidad más accesible al hombre. ¿Y qué decir del friso, de la procesión de la Panatenea allí representada, con sus jinetes y ancianos y portadores de cántaros y los que conducen toros para el sacrificio? Toda la población de Atenas está allí: ennoblecida, pero verdadera. Y se dirige hacia el grupo de los dioses sentados, aún más nobles y señeros, pero sólo levemente distintos de los hombres si no es por su calma y dignidad. Este dios racional que para los filósofos tendía a convertirse en una abstracción distante, se traducía para el artista en una aproximación de las figuras del hombre y el dios, con un acercamiento de ambas. Esto era, quizás, un empobrecimiento de la idea de lo divino para el pensamiento religioso arcaico, que prefería representar al dios como lo poderoso y extraño, verlo en un mundo de mitos monstruosos. Pero era una ganancia en la búsqueda de un nuevo concepto de lo divino.

No es casual, pues, la belleza del Partenón. Es el resultado de toda una idea que se abre paso hacia el futuro en medio de las dificultades del siglo v, bien humanas y próximas a nosotros. Pericles y los hombres que le rodean es quien trata de hacerla realidad en la sociedad en que vive y, al tiempo, en los mármoles de la Acrópolis. Si éstos nos hablan de problemas sociales y políticos y religiosos, de luchas, de sufrimientos e incompresiones, ello no es obstáculo a su belleza. De ese germen nace precisamente la belleza, que depura aquello que hay de permanente en una situación como aquella, de paradigma y modelo para el futuro. No hace falta saberlo para recibir la impresión de esa belleza. Pero si se sabe, gana en humanidad y nos es más comprensible.